

XXXIX
PREGON DEL COFRADE
2019

HERMANDAD DE
LA CANDELARIA

SEVILLA 11 DE ABRIL 2019

Han tardado en llegar los vientos del norte a la ciudad donde reina la primavera. El olor a canela y almendra a lentisco y romero, a mantecados de Estepa y alfajores, se va fundiendo lentamente con el incienso que comienza a perfumar Iglesias y las ganas atrapadas, en el escalofrío de la noche, por vivir una nueva Semana Santa.

Sin frío no hay calor. Si no sentimos como se hielan las entrañas al rebufo de los vientos que vienen del norte, no podemos apreciar la cálida caricia de un rayo de sol que evoca abríles llenos de color. En las frías tardes de enero las musas me sitúan frente al espejo de la existencia. Solo cuando nos enfrentamos al reflejo del cristal donde se refugian los recuerdos somos capaces de encontrar la letra de nuestra vida.

Hoy es el día en que todo vuelve a cobrar sentido. Los Cofrades poseemos un particular calendario que va decantando sus hojas a medida que le suma primaveras a su historia. Un almanaque que se desgrana en las pizarras de Domingo de Resurrección a Domingo de Ramos. Para el Cofrade, no solo sevillano, para todos los que de ruan o sarga, de negro o blanco, de capa o cola, siembran del color de la pasión la geografía de nuestro país, España, la vida se cuenta de Semana Santa en Semana Santa.

Por eso cuando llega la cuaresma los pulsos del Cofrade se aceleran, sus sentidos se espabilan. Despierta el sonido de los tambores, empapa el olor del incienso cultual mezclado con el azahar que revienta calles y plazas. Se endulza el paladar con la miel de las torrijas y pestiños. Se estremece el tacto con el roce silencioso de los labios que se acercan para rendir pleitesía al Señor y a su Santísima Madre.

Se nubla de emoción la vista al contemplar la belleza que comienza a florecer en el interior de nuestros templos.

Las casas de los cofrades se engalanan de túnicas que cuelgan de armarios y puertas, se empañan del recuerdo de quienes un día nos colocaron el hábito de nazareno, de la inocencia de aquellos a los que con mimo vestimos para llegar a Dios por el Amor.

Cuando llega la cuaresma el cofrade transmuta y regresa a los tiempos de la ensoñación, a la niñez de túnica blanca y canasto. Por eso hoy, Jueves de Pasión, es la noche de Reyes de los Cofrades. Querida Esther para siempre me guardo este maravilloso termino tu dulce prosa nos lo regaló hace un año en tu esplendido Pregón y que has vuelto a recordarnos esta noche. Por que sin duda, no hay nada más cierto que esta afirmación. Hoy es la noche en la que reina la ilusión. El corazón late de forma atropellada, deseando que las horas pasen para poder ver la primera en la calle.

El cofrade apura su sueño, ese que los niños entreveran cada 5 de enero, intuyendo a los Magos de Oriente tras los cristales. Mañana a estas horas habrá ya Nazarenos incensando nuestras calles. Derramara silencio la capilla del Sagrario, al tiempo que enmudecerá la alegría de Triana tras los paso de Cristo crucificado. Los barrios se reencontraran con los vecinos que se marcharon buscando su camino, pero que año tras año vuelven para cumplir con su cita de Cofrades de barrio, llenándose Heliopolis, Bellavista y Pino Montano, de la misma inocencia que rebosa por sus las calles cuando Melchor, Gaspar y Baltasar esparcen su dulce lluvia de ilusiones. Esperan ansiosos en Ciudad Jardín, Torreblanca, San José Obrero, el Parque Alcosa y Padre Pio cumplir con los tiempos y descontar un nuevo calendario.

Todo está pues en su sitio, el azahar ha llegado puntual a su cita. La ciudad hierve las ganas en cada una de sus esquinas. Los altares efímeros de nuestra Fe amanecen dispuestos a conmover corazones. El cielo ¡Ay el cielo!, promete tregua que ya habrá tiempo de regar los campos.

Todo está preparado para el tiempo de la Gloria. Los cofrades tomaran pronto las calles. La vida descenderá de nuevo la rampa, cual pelicano que sacrifica sus entrañas.

El antifaz espera ansioso cubrir de nuevo nuestros rostros

Tintinean impacientes los rosarios que prenderán de las
manos penitentes,

Todo está preparado.

Que se abran las puertas de los templos,

Que cruja la madera sobre sus cervices,

Que suene aguerrida la voz que marca el camino,

Que se afinen instrumentos y renazcan melodías,

Que se ciñan los espartos a la cintura de María.

Que las gargantas traguen lágrimas hondas de nostalgia,

Que florezcan por fin los muros del Alcázar,

Que se dispongan saquitos y canastos,

Que se preparen las insignias y Dalmaticas,

Pues todo está ya dispuesto,

La tiza puso a cero el calendario,

Llego la noche soñada

A dormir Cofrades sevillanos

Que mañana a estas horas volveremos a vivir los días de
la Gloria.

Sr. Cura Párroco de Santa María la Blanca y San Nicolás de Bari. Representantes del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, Sr. Delegado de Fiestas Mayores y Sr. Delegado de Parque y Jardines. Representantes del consejo de Hermandades y Cofradías de Sevilla, Sr. Delegado del Martes Santo. Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Ilustre, fervorosa Hermandad Sacramental y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud, María Santísima de la Candelaria, Nuestra Señora del Subterráneo y Señor San Nicolás de Bari, queridísimos compañeros, nunca tendré palabras suficientes para agradecer vuestra confianza y vuestro cariño. Representantes de las Hermandades y Cofradías de la ciudad de Sevilla, Hermanos y Hermanas de la Candelaria, familiares, amigos, Cofrades todos, gracias por acompañarme en un día tan especial. Papa, Mama, Fernando, gracias por asomaros al balcón del cielo en esta noche mágica. Gracias Fina por tu sensibilidad, por ser como eres, por decirme siempre sí y por plasmar con tus pinceles lo que significa para nosotras esta Hermandad, la de nuestros hijos, la de los sueños de aquellos pequeños nazarenos ávidos de seguir a Dios.

Cuando las sombras sobrevuelan los sueños, la incertidumbre se apodera de los pulsos de esta humilde pregonera, llenando de dudas mis pensamientos ¿Qué puede contar esta forastera sobre la Semana Santa de Sevilla?

Lo que voy a relatar no es nuevo para vosotros, lo que vais a oír, lo habéis vivido en innumerables ocasiones pues atesoráis lunas que os han vestido largamente de primaveras penitentes. Esta que hoy ocupa el atril de San Nicolás no es más que una humilde junta letras que gusta de observar para poder contar lo que a su alrededor acontece. Las palabras de Esther han sido un regalo para el alma, aterciopeladas como es ella, llena de dulzura y saber hacer, gracias amiga por ser de esas personas que llenan de luz la vida. Los sones de La Banda de la Cruz Roja, que lleva poniendo melodía al compas de esta Hermandad desde hace casi 40 años, al son de Campanilleros me ha trasladado a las noche de Adviento cuando las voces de los hombres de Castilleja recorren las calles y plazas derramando coplas ancestrales, anunciando que el milagro se acerca, que en nueve jornadas la Soledad recorrerá el camino hacia Belén, para cumplir la tradición y dar a luz al Señor de los Remedios entre vítores colorados. Hoy esta humilde pregonera viene solo a intentar transmitir sentimientos, retazos de recuerdos que puedan devolveros en el espejo el reflejo de vuestra propia memoria.

Soy leonesa de corazón regio, pero hace muchos años me enamoré ciegamente de esta ciudad, y bien digo ciegamente porque no hay lugar en el mundo donde la luz sea más perfecta, donde los colores se perciban más puros, donde brille mas el cielo azul purísima, no en vano

Sevilla presta su bóveda de estrellas a María Santísima para que sirva de manto en su perfecto Palio.

Mi historia es la de una papona de alma verde y morada, con sangre roja como los blasones que cuelgan de los balcones de La Plaza y el corazón de nazareno de cola blanca y escudo azul candelario. Y antes de que sigáis preguntándoos que significa eso de que soy papona, os diré que es como en León se conoce a los cofrades que bajo el anonimato de su capillo, es decir, un antifaz sin capirote, hacen estación de penitencia.

Mis hijos, sevillanos ya, siempre me dicen que no diga más que soy Papona, pero renunciaría a mi vida si lo hiera, renunciaría a mis padres, a todos los que me enseñaron a amar la Semana Santa, porque aunque ahora viva en Sevilla, la sueña y la sienta en el alma, mi vida discurrió entre los callejones del Viejo Reino de León y mi historia no es más que la de una Papona fatigas, de esas que no se conformaban con saber sobre las costumbres y efemérides de su propia Semana Santa. Siempre mostré inquietud por conocer las maravillas que se escondían fuera de las murallas de la Legio VII Gemina. Vaya que como ahora dicen los modernos soy una Friki cofrade. Aprendí a amar la Semana Santa de Sevilla tras los tubos catódicos de los televisores donde reproducíamos las películas en VHS que caían en nuestras manos.

Aquella hermosa cinta que ahora cumple 25 años y que nosotros nos sabíamos de memoria. “El Semana Santa de Sevilla” de Gutiérrez Aragón y Juan Lebrón, es una obra maestra que nos hizo soñar con la penumbra de las naves de la Iglesia de la Magdalena, rota solo por el fuego de los cirios, mientras el Cristo del Calvario lentamente ascendía a su paso; con el roce de los labios sobre las manos entrelazadas del Gran Poder; con las palmas de la borriquita; con los ojos de la Esperanza; con el silencio roto por el muñidor de la mortaja. Jugábamos en las frías tardes de cuaresma entre ensayos y preparativos con aquel tablero de cartón, aquel primer juego que se llamo “Paso Palio” (ahora andamos todos locos jugando al Chicotaz).

Cuando fuimos sumando primaveras en la existencia aprovechamos estíos y fiestas para recorrer el hilo de plata, que esconde antiguas calzadas romanas, que mezcla, desde tiempos ancestrales, a los que habitan en uno y otro extremo de la vía pecuaria más importante de la península, y descubrir, entre calores sofocantes, el particular Vía Crucis monumental que Sevilla esconde. Poco a poco nos fuimos acercando a las gentes que dan vida a las Hermandades y Cofradías Sevillanas.

La primera vez que pude rozar con las yemas de los dedos como vive Sevilla los días de la Pasión fue en 1992, aquel 18 de abril mis pupilas fueron testigos callados de cómo se retuerce Cristo crucificado que expirando al cielo exhala su último estertor, milagro manierista que en silencio caminaba buscando el Museo de una plaza que guarda con celo todo el arte que aquí nace. Atravesó mi corazón la dulce mirada de esa cara morena que por tres veces es vencido por el peso de la cruz. Sin remedio sucumbí ante la entrega que a la perfección reflejo Juan de Mesa en el rostro de aquel que es todo Amor. Nazarenos de uno y otro color en perfecta armonía para pregonar los misterios de la Pasión y Muerte del Señor. Testigos de una magna celebración que me brindó la posibilidad de vivir un sueño, aunque Sevilla guardaba para mí un hermoso regalo.

Cuando el alba aun no era alba,

cuando los templos encendían la llama de la Pascua,

cuando la noche brindaba a la ciudad su manto de estrellas,

cuando embriagaban los aromas a jazmín que de los patios escapaban;

se abrió paso La Aurora como luz del nuevo día.

Cruzó el dintel de la puerta

La Virgen que en Santa Mariana
No derrama lágrimas,
Pues ya no hay pena
Que pene penitencia.
Divina providencia,
luz lasaliana,
rayo certero del alba que marca
final y el principio de la vida cristiana.
Esa noche mis pulsos se unieron a los suyos,
fui presa de esta ciudad,
de sus delirios y sus misterios,
de todo lo que intramuros esconde.
El destino pronto guió mis pasos
Fondee mi barco en el puerto,
donde se ancla la Esperanza.
donde Cristo desciende la rampla
lleno de Amor,
entre Hosanas y Palmas.
Donde el faro es la Candela de sus ojos,
Donde habita quien inunda de Salud mi alma.

Me gustaría contaros como el destino, yo no creo en la casualidad, guio mis pasos hasta este hermoso lugar en el que nos encontramos. De la mano de Carlos Herrera mis hijos y yo pasamos a engrosar la nomina de los hermanos de la Candelaria. Poco a poco (sin el cariño desinteresado de la familia Cuadro-De los Reyes nada habría sido posible), nos fuimos integrando en el devenir diario de la corporación y se me fueron revelando los verdaderos motivos por los que la divina providencia me había conducido hasta aquí.

Recibe culto en este Templo el único Nazareno de Sevilla que no cubre su cuerpo de terciopelos ni bordados antiguos, pues como dijo de manera inmensa nuestro querido Rafa Serna (Pregonero, amigo, nunca te olvidará Sevilla)

“no existe en Sevilla

Ninguna de terciopelo,

Que quede mejor ceñida

A ese talle Nazareno”.

Nazareno sevillano, Señor de la Salud, que tallado de cuerpo entero parece haber escapado de Semana Santas lejanas, de otras tierras tan parecidas a la mía.

Por si fuera poco argumento, los muros de San Nicolás esconden, en su nave izquierda, una pequeña imagen olvidada por los siglos, que penó su dolor por las calles de

Triana, recibiendo culto en la extinta Hermandad del Ecce-Homo, durante las primeras décadas del siglo XVI. La Virgen del camino guarda entre sus manos entrelazadas antiguas leyendas que pudiesen encaminarnos hasta ancestrales leoneses que dieron con sus huesos y sus devociones en la Ciudad de Sevilla. La Virgen del Camino es la patrona de la diócesis de León. Devoción de las devociones, como sus hijos cantamos Reina y Madre del Pueblo leonés. Y es que algo tiene de especial este enclave para los leoneses, no en vano, Fernando III rey que fue de León y de Castilla, consagro este templo a San Nicolás de Bari. Virgen del Camino que mañana recibirá los besos de Sevilla y de todos los leoneses que aquí habitamos.

Ahora os toca pues decidir si mi vinculación con la Hermandad de la Candelaria es producto de la casualidad o más bien de esa bendita providencia en la que tanto creo. Solo sé que aquí halle de nuevo la forma de dar rienda suelta a esta Pasión que siento. Cuando guarde en el armario de la memoria mi hábito negro de tablón, pensé que nunca más cubriría mi rostro para hacer penitencia. Los años me demostraron lo equivocada que estaba. Aunque nunca pierda mi alma de papona, mi corazón es ahora de nazareno blanco que ciñe su cintura con el esparto para seguir a Cristo Nuestro Señor.

Aunque de niña no cruce la negrura de los jardines,
cuando la noche se cierne espesa,
y solo la luz de sus candeleros
hacer resurgir con mayor fuerza el destello de sus ojos,
tengo la suerte de poder coger de la mano a mis hijos
para enseñarles a llegar a Cristo.
Puedo ceñir en sus novicios cuerpos el esparto de la fe,
puedo colocar les el antifaz que aun no guarda desvelos,
pero que les servirá como callado
para no sucumbir ante las zozobras.
Puedo mostrarles el camino para llegar A Dios por el
Amor.

Intento que comprendan que aunque elevemos plegarias
nombrando a una o a otra,
todas son solo una,
una es todas juntas,
pues solo hay una Madre del Señor.

Aunque imploremos aliento ante la Cruz, esperada,
abrazada, arrastrada,
elevada, desenclavada,
esa Cruz es solo una Mors Mortem Superavit.

Aunque nos acerquemos a besar uno u otro talón,
ese talón es solo uno,
es Cristo Nuestro Señor.

Pues los cofrades somos todos,
devotos hijos de un solo Dios.

Mirad, hay algo que nos iguala y nos mezcla, que sucede en todos los rincones donde gustamos de conmemorar los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. Guardan los cajones cientos de antifaces que esconden plegarias suplicadas, gracias de amor impregnadas. Tras la tela, que cobija al nazareno que acompaña el lento discurrir de las Imágenes de nuestros sagrados titulares por las calles, se esconden historias de fe abrazadas a una cruz, amarradas a la luz. Pesa honda la penitencia sobre los hombros del anónimo crucífero. De sus manos pende un rosario que se presenta como metáfora del tiempo que inexorablemente va esfumando uno a uno los alientos. Tras la penitencia que desde las aceras contemplamos cual espectáculo de tradición y arte se ocultan verdaderas historias de sufrimiento, sacrificio y suplica. Seguimos los pasos de Cristo cautivo presentado ante un pueblo que ansia escuchar sentencia de muerte, mientras pedimos con sigilosos quejidos que no venzan las sombras, que no ahogue el dolor, que la noche se convierta en luz y la enfermedad sea efímera.

Acompañamos a Jesús que del suelo levanta la rodilla derramando Salud, implorando un poco de esperanza para no sucumbir ante tanta punzada soportada. En muchas ocasiones, bajo el antifaz de la penitencia, se esconde el dolor, la pesadumbre la desolación, la frialdad de una cama que se asfixia por la pena y solo atisba destellos de luz en los ojos que la velan.

¿Quién eres penitente? El anonimato silencia expiaciones y nos entrevera. Cada primavera llegan a Sevilla multitud de corazones ávidos de penitenciar sus penas por callejones hispalenses, lejanos de los que a diario contemplan el devenir de su existencia. Nazarenos blancos de la Candelaria que, en León, descuentan las hojas del almanaque de la vida soñando Martes Santos. Túnicas de ruan, de primitivo nazareno sevillano que pacientemente esperan en Madrid o en Oviedo que el azahar anuncie el resurgir de una nueva madrugada. Mañanas de Lunes Santo que en San Gonzalo congregan a quienes desde lejos penitencian. Cristo de las almas tras el que caminan hondos sentimientos de devoción contenida. No me digas quien eres, pues no me importa tu procedencia. Un idéntico sentimiento, una misma fe nos mueve a cubrir el rostro para convertirnos en antorcha de luz que anuncia el sendero por el que Cristo Camina proclamando en Sevilla el evangelio. Las nominas de las hermandades sevillanas están repletas de apellidos de otras tierras, pues la penitencia no entiende de gentilicios. La heterogénea amalgama de caracteres se homologa oculta bajo el anonimato de un antifaz. Ese pedazo de tergal, ruan o terciopelo encierra los mismos desvelos sea cual sea, el lugar de nacimiento de los ojos que vislumbra. Sevillano, leones, madrileño, asturiano, gaditano, cartaginés, todos iguales ante El, Cristianos disciplinantes haciendo pública protesta de fe, que

aprendieron a sentir con los ojos cerrados, aprendieron a sentir soñando. Todos esos cofrades que, como yo, llegaron desde lejos a esta hermosa ciudad, tuvieron miles de veces que cerrar los ojos y soñar con lo que otros relataban. Yo intuía el olor de los naranjos a través de la voz profunda que nos regalaba Madrugas infinitas a cientos kilómetros de distancia.

Sentía el roce de las bambalinas contra los varaes a ritmo de campanilleros al escuchar el chasquear que se escapaba entre las ondas hercianas. Percibía con los ojos cerrados la hondura del Silencio.

El Silencio. No sé, si los sevillanos, sois conscientes de la grandeza que en esta tierra tiene el Silencio. Está muy extendida la creencia en que los forasteros no vemos mas allá de la alegría que desprende la Esperanza, la que llega del arrabal o la que cruza su arco. Pensáis que el visitante es consciente del Gran Poder ante el que se rinde todo un pueblo, del izquierdo por delante de un caballo que abre paso a Cristo en su camino hacia el calvario, del arte que perfuma, de canela y clavo, las calles al paso de los Gitanos. Pero si hay algo que nos atrapa y embruja es la grandeza del Silencio sevillano.

El oído se agudiza para sentir con fuerza todo aquello que agoniza con el lento acompasar del sonido del roce adoquinado del costalero sevillano. Ese silencioso rumor que transporta las entrañas a la cadencia parsimoniosa del anciano que ve como la vida se escapa a cada paso, cadencioso sigilo como el que envuelve el discurrir del crucificado de las Aguas en su devenir hasta el templo que Mañara concibió como auténtica catequesis.

Sobrecogedor silencio del crucificado carretero en su Vía Crucis hasta la capilla del Sagrario.

Sevilla maneja el silencio de forma magistral. Nada hay más aterrador que el cuchillo que atraviesa el alma del torero que siente como se afila su hoja al tiempo que la maestranza enmudece.

Poderoso Silencio el de los primitivos nazarenos cuyo lento respirar se percibe desde la acera que los contempla, pues solo el sonido del aire que exhalan sus pulmones rompe la magia del instante en que el penitente queda inerte abrazando su cruz, esperando un chasquear para reanudar la marcha hasta San Antonio Abad.

Silencio el que aturde los bullicios de la plaza de San Lorenzo cuando los que allí se congregan se convierten en testigos mudos de La imponente Soledad de María Santísima.

Silencio de los ojos que atraviesa la mirada sigilosa del Señor del Gran Poder descendido hasta la tierra, cuando la muchedumbre se acerca a encontrarse con sus cautivas manos.

Silencio, el que rasga el eco del muñidor anunciando el paso del cortejo.

Silencio del Calvario que asfixia la algarabía que deja a su paso la Esperanza.

Silencio de Penas y Tristezas,

de besos robados a la Verdadera Cruz,

del Amor hecho pelicano que devora sus entrañas,

de Pasión y Buena Muerte,

de Expiración y Santo Entierro,

de San Isidoro y de las Almas,

de La Caridad cuya sangre derramada florece en rosa de pasión forjada.

Silencio de Crucificado castellano que por san Pedro se convierte en sevillano.

Silencio que acompaña al Señor de la Salud

en la oscuridad de este templo

cuando se prepara cada cuaresma

para navegar las calles

en el más puro silencio.

Silencio, paz, sosiego, y reposo,

sigilo que atraviesa el alma

como la espada del dogma de la inmaculada.

Silencio que enamora,

Saeta que se escapa entre los labios,

Robando acordes al silencio

Silencio que ensordece y estremece

Que aturde y enmudece.

Silencio que se eleva en la lontananza de nuestra eterna
agonía.

La Tela blanca del antifaz cayó sobre su rostro almidonado por el paso del tiempo y de la historia. Los recuerdos se vislumbran a través de la mirada que se atisba tras los pequeños balcones que unen el mundo exterior con los sueños del nazareno.

Parecía imposible. Aun se le hacía difícil comprender que aquello estaba sucediendo. La Cruz que Guía el sendero de la vida, esa Cruz de Guía que sirvió tantas veces de faro a sus pequeños monaguillos, marcaba el inicio de su primera Estación de Penitencia.

Cirios al cuadril, la voz dulce y aterciopelada de aquella anónima celadora, que con mimo hizo más sencillo su penitencial camino, resonó en su corazón cual atronador estruendo de recuerdos.

Poco a poco sus pies ajados fueron deslizándose entre las columnas del templo por el correteo tantas veces mientras su padre cumplía con sus obligaciones y sus devociones. Un relámpago de luz cegadora inundo la oscuridad cuando atravesó el dintel de la puerta.

No supo nunca si aquel Martes Santo tuvo frío o si los calores de la primavera recién parida sofocaron sus mejillas. El tiempo se había detenido para comenzar un conteo incesante, a golpe de Palermo, a vetustos momentos que discurrieron por los aquellos mismos lugares.

Un color sepia de añoranza fue tiñendo las calles por las que iban transitando. La dulce voz de la celadora parecía por instantes aquella más grave, aunque igual de cálida, que amarraba su mano por la senda de la vida. Sintió sin remedio como sus largos 60 años desaparecían con cada paso, saliendo a su encuentro los recuerdos de la niña que de la mano de su Padre aprendió a sentir amor por nuestros sagrados titulares. Retumbaron sin remedio en su memoria los susurros de aquella paterna voz que le enseñó a ser Candelaria sin tan siquiera llegar a serlo.

Aquel antiguo secretario de la Hermandad tuvo solamente 2 hijas, a las que la costumbre de otra época negó la posibilidad de ceñir el esparto a su cintura abrileña. Hubo de esperar aquel buen Candelario el regalo de los nietos varones, apunto ya de cumplir sus bodas de oro en la corporación, para ver a su descendencia vestir la túnica se sus amores. Sonríe ahora desde el firmamento, el viejo secretario cuando contempla la estampa que su casa le regala cada Martes Santo, y esa prole multiplicada abandona la calle Torneo constituida en maravilloso tramo de nazarenos blancos que busca en silencio la puerta de San Nicolás.

Pero ella nunca se inscribió. Ella como tantas de las que hoy estáis aquí sentadas, espero paciente que los tiempos cambiaran. La vida le tenía preparados sinsabores difíciles de soportar y entender.

Tiempos largos de dedicación a los demás, sin pensar en ella misma, pero sin faltar a su cita con la Hermandad, prendiendo su esperanza de las manos que llenan de Salud el alma.

Cosió y descosió. Planchó, colgó y preparo túnicas de cola blanca, grandes y pequeñas, para sus hijos, para sus nietos. Año tras año su casa se lleno de hábitos de nazarenos candelarios. Pero esa sarga blanca que tantas veces lavó y planchó, nunca hasta ahora había cubierto su pequeño cuerpo.

Los toque del Palermo continuaban descontando el tiempo, es tiempo que fue plateando sus cabellos y que una mañana soleada se llevo los pulsos de su madre amada.

Con la Bisa se fueron muchos desvelos y obligaciones. El tiempo le devolvió su tiempo. El sentimiento que había permanecido bordado en el anverso de su corazón desde aquellos años de infancia junto al viejo secretario, afloro cual primavera desbordada y sin remedio colgó al cuello esa medalla tan añorada. Grabo un cirio rojo a fuego en su alma un 27 de febrero soñado, despertando cual nazarenos primero en nervios y escalofríos. Hasta 3 Martes Santos espero pacientemente a que escampara el cielo para poder escuchar sin remedio la voz dulce de aquella joven celadora.

Para comenzar un nuevo conteo a golpe de Palermo, para ceñir de esparto su cintura cargada de primaveras.

Suena seco el golpe del metal que se ahoga en el asfalto para arrebatarse su sueño y devolver su pensamiento a la carrera oficial. El cansancio comienza a hacer mella en aquel ajado cuerpo de nazareno novicio, pero aquella dulce voz, pendiente de cada uno de sus pasos, le sirve de llamado. La satisfacción fue ganando batallas cuando en la penumbra de la noche se vislumbraba la hermosura de los Jardines de Murillo, de los que tantas veces rescato a sus pequeños. Esa barrera insoldable que marca la mayoría de edad de nuestros nazarenos.

Larga calle San José,
destino final de nuestras almas,
aromas de azahar que traspasan
las puertas del templo de nuestras vidas.

Tela blanca de su antifaz
que descubre por fin el rostro de Luisa,
amor cultivado en su corazón candelario.

Milagro de vida que siempre llega,
Ojos cansados que en ti buscan consuelo,
Olor a cera derretida.
Esparto que amarra la fe,
Manos cálidas que acarician almas,
Suspiros añejos de nuevos recuerdos,
Luz que calma la sed que siento.
Todo termina y a la vez comienza,
Devoción heredada,
Devoción enseñada
Amor eterno
De madre abnegada
Por su Virgen de la Candelaria.

Las musas que en las sombras inspiran a los junta letras no quisieron tocarme con el don de la rima, nunca me permitieron hilar versos de métrica perfecta. Aquello que nos ilumina, apenas me ha brindado la posibilidad de ser una humilde contadora de historias. Este que ahora os voy a relatar es uno de esos testimonios que se esconden en el corazón de nuestras hermandades.

Era lunes de pascua, cuando Cristo Resucitado ha llenado el alma con su Espíritu renovado. Cuando de nuevo la tiza a comenzado a descontar el calendario, cuando el reloj de arena comienza lentamente a desprender los granos que nos acercaran a la Gloria añorada, en ese momento de alegría y nostalgia, todo vuelve a su lugar. Se desarman los efímeros altares que han servido a los cofrades para gritar al mundo la fe que profesamos. Vuelven nuestros Sagrados Titulares a ocupar sus lugares de culto ordinario. Huelen los templos a cera derretida a flores marchitas a rescoldos de carbón que apuran inciensos tardíos. Esa noche de lunes se funden en el alma cofrade la más excelsa alegría por lo vivido con la pura melancolía de los recuerdos que se agolpan en torrente de emociones.

En la penumbra de los silencios de aquella tarde mis ojos se tropezaron con una pequeña mano que con fuerza abrazaba la medalla que colgaba de su cuello. Una seda blanca, cual antifaz penitente, cubría las cicatrices del dolor injustamente soportado. Cuerpo diminuto de

inocencia repleto que nunca debería haber padecido tanto tormento. Ojos poderosos que iluminan de esperanza las naves del frío templo de San Nicolas.

Se tragaban las lágrimas que turbaban nuestras miradas y no rumbaban mejillas, amarrando el nudo en la garganta de quienes contemplábamos en silencio la escena. Nada puede explicar el injusto sufrimiento de un niño.

Soltó su mano la medalla para rozar dulcemente las manos de aquella que vela sus sueños. Manos llenas de luz que iluminan el camino oscuro por el que lucha sin perder el aliento. Manos de Candelaria, manos de su abuela o de su tía, de quienes sembraron en su espíritu la devoción a la Santísima Virgen María.

Lentamente dirigió sus pasos hasta El. Con sus pequeños dedos rozó tiernamente los pies del Señor que derrama Salud a través de la mirada más pura que nadie puede contemplar. Rozó suavemente su talón. Elevó la mirada hasta cruzar sus grandes ojos con los del Señor suplicando aquello que tanto ansiaba. Salud. Salud para volver cada lunes de pascua a rozar sus pies. Salud para contar a su descendencia que el Señor le devolvió la Salud. Salud para curar el alma de quienes penan junto a ella implorando solo eso que tanto anhela.

Ya lo dijo el Pregonero (Rafa te vuelvo a nombrar maestro) Si yo se que el Señor no cura, pero aquella noche todos rogamos al Señor que ayudasen a quienes si curan. Con el corazón encogido suplicamos a quien inunda de Salud las calles de Sevilla cada Martes Santo que curase su espíritu, y velara su sueño, y mitigase el dolor que llenaba su cuerpo. Entre sus pequeñas manos apretaba el pañuelo que le acababan de entregar. Un pañuelo enjugado por las lágrimas de la Madre del redentor. Las tiernas palabras de Justo anegaron el torrente que apretaba las gargantas. “Duerme siempre pequeña con este pañuelo cerca y así tu Madre Candelaria velara cada noche tu sueño.

Duerme siempre pequeña con este pañuelo cerca y así el Señor de la Salud calmara tus sufrimientos. Duerme siempre pequeña con este pañuelo cerca y cuando la oscuridad más profunda se cierna sobre ti y pierdas las fuerzas y venza la desesperanza, aprieta entre tus manos la tela que ahora te entregan fieles camareras. Cierra los ojos y piensa que todo lo que te rodea es luz, pues este pañuelo pequeña, prendera Candela en tu alma, se abrirá de nuevo el cielo a la esperanza y tu espíritu se llenara de Salud y Luz alimento de nuestras almas” .

Aquella noche, todos abandonamos San Nicolás con el corazón encogido, pero ella salió del templo portando entre sus manos el más grande de los tesoros, el pañuelo de los sueños al que se aferro con fuerza.

Una mañana de mayo, en vísperas de Pentecostés, nuestros corazones reventaron de entusiasmo rodando por fin las lágrimas amargas tragadas aquella noche de pascua. Las pruebas hablaban que su pequeño cuerpo estaba libre de manchas, la vida sonreía de nuevo a través de sus grandes ojos, la vida vencía como vence la Cruz cada Domingo de Resurrección.

Yo creo.

Si, yo creo.

Creo en el poder del amor,
creo en Nuestro Señor Jesucristo
que por nosotros padeció y resucitó.

Creo en su Santísima Madre,
pero es injusto pensar que ellos curan,
pues muchas las veces

imploramos sin éxito

la ansiada sanación

Ellos no curan,
pero dan sosiego y reposo;
alivian el desconsuelo,
son el regazo donde reposa su espíritu.

El de mis Padres, el de Fernando,
el de Rafa, el de los amigos que me dejaron,
el de tantos de los nuestros que se fueron amarrados
a la esperanza que desprende su pañuelo.

Pero yo creo.

Si, yo creo.

Creo en la luz y en la salud
que aquella noche de pascua
fue derramada entre las naves de este templo.

Guarda para siempre pequeña Candelaria
bajo tu almohada ese pañuelo
que con mimo te entregaron
y vuelve cada Martes Santo para gritar que vives,
que creces.

Vuelve pequeña Candelaria
para bordar con hilo azul plata
las palabras que definen tu Hermandad
Salud y luz.

Vuelve pequeña Candelaria
para dar testimonio de tu fe.

Vuelve pequeña Candelaria
para que tu vida sea ejemplo de superación.

Vuelve pequeña Candelaria cada Martes Santo,
para ofrece al Señor de la Salud
el tesoro más hermoso que se guarda en tu corazón.

Vuelve pequeña Candelaria
para entregarles el regalo de tu amor

Ahora que estamos solas. Ahora que la penumbra lo invade todo y solo la Candela de tus ojos basta para iluminar la senda que recorren mis pies descalzos.

Ahora que mis manos rozan tu cintura y mi aliento se entrecorta. Ahora que las palabras enmudecen y quien habla es el insignificante corazón que de gozo estalla. Ahora que el silencio ahoga el llanto, déjame que te susurro lo que con celo guarda el doble fondo de mi alma.

Candelaria eres tú, Madre, quien guía el camino de esta pobre peregrina.

Madre eres el refugio donde reposan tantos desamparados

que solo en la misericordia de tu rostro hayan sosiego,
ante el Mayor Dolor del corazón que es traspasado.

Madre eres el Agua que sacia y Consuela,

las Lágrimas de amor vertidas en el Valle de nuestras vidas. Madre eres el puerto donde atraca la Esperanza,
de quienes buscan en ti Socorro, Gracia y Amparo.

Madre eres el Sol que mitiga tantas Amarguras,

La Aurora que despierta el alba,

impregnado de Rocío las mañanas.

Madre eres el espejo donde busco

el reflejo de los ojos de mi Madre.

Madre eres la luz que ofrece salud este mundo enfermo,
el hilo al que se aferran los padres de Alejandro.

Madre eres paz en las dulces victorias,
aliento para nuestras Tristezas.

Madre eres la Candela que aviva la fe que profeso.

Eres Candelaria la mano que me ayudo a no flaquear,
Una lagrima cálida en cada despertar.

Una mirada fugaz.

El aliento que nos ayuda a caminar.

Primer sagrario divino,

Cobijo del peregrino.

Mirada de niña que penetra las entrañas,

Luz que de Salud inunda las calles

Madre a la que a todos esperan.

Alfa y Omega,

Faro y guía,

Eres Candelaria, Tu,

El sentido de nuestras Vida.

La luz que aquella tarde de marzo
inundo los jardines de risas infantiles
y suspiros de recuerdos.

Nazarenos que a hora temprana,
No supieron si vivieron un sueño,
Que convirtió la noche en día
Al paso de su cortejo.

Pequeño confesionario,
Donde duerme aquel hermoso sueño,
Que cambio el color
De tu rostro perfecto.

Porque no importa la hora,
ni el sentido de tu paso,
no importa si el sol te roza las mejillas,
o si la luna busca tus ojos,
pues no hay nadie que le contradiga,
y es que da igual como se diga,

Eres Candelaria la Reina
del Santo Martes y del Martes Santo.

Cada primavera nuestras hermandades florecen como los almendros. Cientos de brotes nuevos explotan, junto a los viejos, en torno al tronco perpetuo, que convertido en Cruz que redime, da sentido a todo en lo que creemos.

La primavera renace en cuaresmas nuevas que inundan de Cofrades los templos al calor de los cultos ante los Sagrados Titulares de nuestras hermandades.

El esplendor de la primavera se gesta con los fríos del duro invierno. Ese duro invierno cofrade que comienza cuando los calores del estío barren bullicios sacramentales. Durante el duro invierno las ramas se desnudan y solo permaneces las raíces sosteniendo vivo el árbol que da vida. Absorben el agua de la fe preparando sin descanso la llegada de la ansiada primavera.

Todos contamos entre nuestras nominas con hermanos que son como esas raíces, fuertes, perseverantes, siempre dispuestos, anclados a la historia de la que se alimentan. Abren y cierran los templos. Lo saben todo, lo han vivido todo. Fueron jóvenes brotes de primavera arraigados en las fuertes ramas de nuestras Hermandades. El paso de los inviernos los han ido convirtiendo en raíces imprescindibles, al tiempo que la nieve daba color a sus cabellos.

La primera vez que entre en San Nicolás, él ya estaba allí, controlando cada paso y cada movimiento de esta

forastera. Cuando se abren las puertas de la Iglesia ahí está el primero. Cuando se organizan actos y eventos para que La Bolsa de Caridad de la Hermandad aumente sus recursos, ahí está el primero.

Los inviernos han ido menguando su cuerpo a la vez que hacían crecer en su corazón el amor por su Hermandad. Aunque las fuerzas van flaqueando nunca falta a su cita semanal todos los lunes del año con los devotos del Santo que a los niños llena de regalos cada diciembre. Ya no es aquel aguerrido joven que revestido de acolito acompañaba el acompasado caminar de María Santísima de la Candelaria por los jardines de Murillo, pero se convierte en celador del templo cuando la Reina de la Judería inicia su recorrido penitencial cada Martes Santo.

Aquellos que contamos y cantamos las maravillas de nuestra Semana Santa, utilizamos las palabras para glosar la excelsa hermosura de Nuestras Imágenes, la grandeza de la música que convierte en magia los misterios de la Pasión de Cristo nuestro Señor, la fuerza sobrehumana que se exhala entre los respiraderos de los altares caducos que evocan la Fe que profesamos. Sin embargo a mí siempre me ha gustado recordar a las personas que hacen posible que nuestras Hermandades sigan vivas año tras año, siglo tras siglo. Su historia está llena de anónimos cofrades, imprescindibles en el devenir de sus días, flor, rama y tronco en el que se ancla su subsistencia.

Este es mi sentido homenaje hacia aquel hombre que ya estaba en San Nicolás la primera vez que atravesé el dintel de su puerta. Se llama como mi abuelo y aunque parezca increíble su madre era de León. ¡Qué barbaridad! Este es mí reconocimiento particular a Vitorino, al gran Vito. Parte fundamental de las raíces de esta hermandad. Savia que mantiene viva la llama.

Vito, el gran Vito goza desde la más estrecha cercanía de todos los secretos que se esconden tras las puertas de este templo. Comparte a diario conversación con la dueña de esta casa, se acerca a rezarle muy cerca, le cuenta sus alegrías y sus penas, como cualquier hijo que a diario comparte con su madre lo bueno y lo malo de su existencia.

Vito, el gran Vito, es testigo callado de la verdad que oculta la mirada del Señor de la Salud. Mirada que atrapa, cautiva y arrebatada. Mirada que aplasta conciencias y habla. Mirada que se bebe las suplicas y ahoga lágrimas. Mirada que enmudece almas, serena penas y sosiega fatigas. Mirada que en silencio traspasa. El Señor de la Salud aprieta con fuerza sus riñones, alza la rodilla, tiende la mano y nos regala su mirada llena de compasión y dulzura.

Vito, el gran Vito es el guardián de su reja.
En la capilla sacramental habita Cristo tallado en madera,
sin oropeles, ni terciopelos,
sin alharacas, ni aspavientos,
pues no necesita ornamentos
para fascinar a quien se postra ante su mirada.
Nazareno de la Salud
El hijo de la Candelaria.
Salud que alivia tormentos
Salud que mitiga desalientos
Salud que llena de bondad el alma
Refugio y mansedumbre
De amor que se desborda.
Salud que llena de luz
Camino, vida y esperanza.
Nazareno que siempre se levanta
Salud que derrama Salud por la Calles de la Alfalfa.

Guarda Vito Señor tu reja.

Corazón de Candelario

Que late al compás de los varales de su Palio

Fiel devoto del Señor

Amarra su vida a las manos

De quien se entrego para salvarnos.

Rama que hace florecer de nuevo el almendro,

Esencia del más puro sentimiento

Corazón de candelario

Que vive Prendido a las flores

de su azulado manto.

Mis sentimientos, vuestros sentimientos, los de todos aquellos que cada primavera ven como la lluvia blanca de naranjos alfombra las calles con perfumes evocadores de memorias adormecidas, nos revelan una Semana Santa tan igual y a la vez tan distinta.

La vista les ofrecerá a unos el arte de la madera hecha Misterio que sube la cuesta a lomos de un Caballo sobre el que Longinos blande su Lanza para que una profecía sea cumplida. Otros, en el mismo lugar, en el mismo instante, percibirán con los ojos del alma, como cada Miércoles Santo, se rasgan las hojas del cristal de la ventana tras la que se asoma una cama que se aferra, año tras año, a la esperanza que destila el varal de sus Lágrimas.

Las calles de Sevilla se convierten, durante los días de la Pasión, en mágico lugar donde descubrir mil y una sensaciones. Unos percibirán los sonidos de la Saeta que se canta en la campana, como portentoso torrente de voz aflamencada que cautiva y arrebatada. Entre tanto, otros escucharán de la misma garganta, la más pura plegaria, oración de recogimiento ataviada, para hacer más dulce el penar de la Esperanza Macarena.

Cuando la luna marca el parasceve de la pascua, unos sentirán el tacto aterciopelado de la tormenta botánica que se descarga desde las azoteas sobre los palios Sevillanos.

Otros notaran el frío tacto de las rejas a las que se aferra una anciana que pasa las horas cosiendo el tiempo con hilos grises de costumbre, mientras rumban pétalos de lagrimas sus mejillas al paso de la Virgen que es Refugio de sus últimos alientos. O añoraran la silueta que ya no asoma a su el balcón mientras cientos de flores se precipitan desde la azotea al paso de quien es Consuelo para aquellos que lloran su ausencia.

Unos se dejaron envolver por ese perfume único que solo en Sevilla se produce cuando el aroma que desprenden los naranjos en flor se embarulla de incienso purificador, al tiempo que un Olivo prodigioso oculta la traición de un Beso. Otros navegaran sueños henchidos de los mismos perfumes para transportar sus corazones peregrinos por caminos de arena, entre polvo y estrellas, añorando mayos de marismas rociadas. Distintas formas de mirar sí, pero una sola manera de sentir.

No soy sevillana. No nací en la calle Conde de Ybarra, ni crecí al abrigo de los jardines de Murillo. No pase tardes infantiles de cuaresma correteando maderas de rampa por las que descendo el Amor cada primavera. No me presentaron mis padres un 2 de febrero cualquiera ante las manos de La Virgen de la Candelaria, ni fui cosiendo volantes a mi cintura flamenca. No jugué con mi canasto repleto de la inocente dulzura que llueve del cielo en Sevilla cada 6 de enero, ni atesore bolas de cera que fueran marcando el paso del tiempo.

No, no tuve la suerte de nacer en Sevilla, pero como el último Rey Leones Alfonso IX siempre soñé con conquistar esta ciudad que enamora y atrapa. Hace tiempo que mi corazón vive prendido del embrujo sevillano.

Eres Sevilla rosa carmesí,

el río que te navega

el compás tras el que esconde el milagro de la piedra.

Eres manjar que endulza de pestiños el alma prisionera.

morisca arrebatada de quejidos gitanos

paleta de colores en las manos de Murillo.

destellos de estrellas que viven atados a una eterna primavera.

Eres, Sevilla, la Esperanza,

y aquí quiero anclar mi barca,

Pues eres puerto,

segura patria de quien junto a mi navega.

Eres, Sevilla cielo azul,

que se filtra disolviéndose en cristales,

pasión derramada por las calles,

luz que mitiga lamentos.

Eres Sevilla Torera,
Piedad baratillera,
La jovencita del dos de mayo,
Milagro de madera carretera.

Eres Sevilla la hermosura
De encarnación coronada,
Armonía exquisita,
De Amarguras centenaria.

Eres Sevilla la gloria hecha cofradía
Un palio que se aleja,
Los jardines que atraviesa,
La gracia que acompasa
con su paso la Candelaria.

Eres Sevilla el lugar que Cristo escogió para habitar,
Una rampla que es Hosanna
al tiempo que de Amor sucumbe.

Un Olivo que suplica compasión,
Antes de ser traicionado.
Cuerpo y Sangre de quien se entrega,
Pan y Vino,
Transustanciación que en la Eucaristía
hace presente al hijo de Dios.

Eres Sevilla una bofetá y el silencio de Herodes,
El Soberano poder ante Caifás,
Y la cobardía de Pilatos.
La centuria que marca tu sentencia,
El camino hacia el Calvario,
Cruz que mata y a la vez salva.
La alegría de un caballo.
El dolor de la caída,
La grandeza de quien entrega su vida.
Escorzo de expiración,
Milagro de conversión.
La paz que desprende,
Misericordias que enmudecen.

Dulce nombre de una madre
Que a todos enamora.
Los vencejos que en el alba,
Anuncian la llegada de la Aurora
Final y principio de la vida Cristiana,
Donde nada acaba pues todo comienza.

Eres Sevilla el lugar donde reposa la Esperanza,
El sosiego del alma atormentada.

Eres Sevilla el lugar
que cada primavera Cristo
escogió para Resucitar.

AMEN.